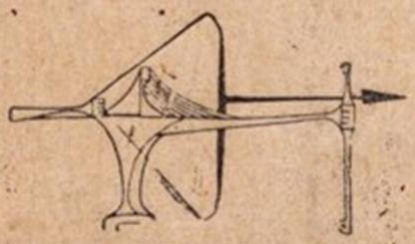
BN
861.44
F363b2

ONIO FERNANDEZ SPENCER

BAJO LA LUZ DEL DIA

PREMIO ADONAIS, 1952

Segunda Edición



ARQUERO
CIUDAD TRUJILLO, D. N., REPUBLICA DOMINICANA
1958

ANTONIO FERNANDEZ SPENCER (nacido en Ciudad Trujillo el 23 de junio de 1922) figura como uno de los escritores principales de las letras dominicanas. Poeta, ensayista, filósofo, académico, es, actualmente, nuestro más rigoroso crítico literario. Sus trabajos de investigación literaria comienzan a ser muy tenidos en cuenta en el panorama intelectual de Hispanoamérica. Varias obras de escritores americanos lo citan, recientemente, por la autoridad y el sentido profundo de sus juicios. Pero ese acierto de su crítica no sería posible si Fernández Spencer no estuviese en posesión de un armonioso temperamento poético.

Por ello la colección ARQUERO, firme en sus cánones de contribuir al ensanchamiento de la mejor y más honda vida dominicana, presenta al público una obra hasta ahora conocida parcialmente por el lector nacional: se trata de BAJO LA LUZ DEL DIA, ganadora en España, en 1952, del prestigioso premio ADONAIS.

Con ese libro el escritor dominicano ha sabido poner muy en alto el nombre de su Patria así como el de América, por ser el único poeta de la América hispánica a quien, hasta la fecha, se le ha otorgado galardón tan eminente.

ARQUERO escoge hoy, para proseguir su aportación en bien del arte y la cultura nacionales, la publicación de esta obra vigorosa del gran poeta hispánico, la cual consideramos necesaria para adentrarnos con acierto por los caminos del nuevo espíritu poético dominicano.

"Grande y humanísimo poeta" le llamó Dámaso Alonso, maestro de la crítica española actual. Humanísimo, sí, porque en sus versos hay la tragedia del dolor nacido en esa vida cotidiana llena de pequeñas intimidades dramáticas que la mayoría de las veces vivimos inadvertidamente. La humanísima y palpitante poesía de Fernández Spencer viene acompañada de una diafanidad y de un concepto vital tan distinto del hasta ahora saboreado en nuestros mejores poetas, que sentimos en esa personalísima visión del mundo la más rara sencillez de vida cotidiana mezclada con los más elevados conceptos de metafísica y religiosa vida espiritual.

Poesía que conversa —y canta— con su lector animadamente es la de Fernández Spencer; tan conversadora se muestra que nos parece, al gustar de ella, ver los labios blancos y brillantes del papel moverse amigablemente en franca confesión de vivencias poetizadas. "¿Qué es la poesía de Fernández Spencer?", se pregunta con rigoroso afán inquisitivo Gerardo Diego, para luego afirmar: "Hay una definición rápida al paso que no sé si corresponde a una convicción permanente, par-

BAJO LA LUZ DEL DIA

Colección ARQUERO

(Verso y Prosa)

DIRIGIDA POR

ANTONIO FERNANDEZ SPENCER

I. Veloz Maggiolo (Marcio): *El Sol y las Cosas.*

II. Fernández Spencer (Antonio): *Bajo la luz del Día.*

III. Ruano, O. C. D. (P. Nazario): *Matrimonio.*

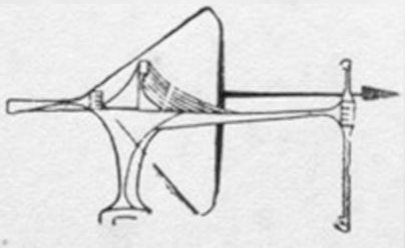
IV. Lamouth Sánchez (Juan): *Introducción a la Tristeza.*

ANTONIO FERNANDEZ SPENCER

BAJO LA LUZ DEL DIA

PREMIO ADONAIS, 1952

Segunda Edición



ARQUERO
CIUDAD TRUJILLO, D. N., REPUBLICA DOMINICANA
1958

9793

BIBLIOTECA NACIONAL - SANTO DOMINGO, R. D.

13 Febrero 1974

VIÑETA DE DOMINGO LIZ

Copyright, 1958 by Antonio Fernández Spencer.

Impresora Dominicana

BN
861.44
F363L.2

I

LA TIERRA VIVIDA

Reg. No. 661261

Fliesse, fliesse, lieber Fluss!
Nimmer werd ich froh!
So verrauschte Scherz und Kuss
Und die Treue so. *

GOETHE

Hark, ah, the nightingale—
The towny-throated!
Hark, from that moonlit cedar what a burst!
What triumph! Hark!—wath pain! **

MATTHEW ARNOLD

* Fluye, fluye, mi río bienamado, —ya nunca más podré sentirme alegre: —igual que tú, los besos y los juegos —y la felicidad han transcurrido.

** ¡Ah, escucha! ¡El ruiseñor —de la parda garganta! —¡Escucha, en ese cedro con luna, qué estallido! —¡Qué triunfo! ¡Escucha! ¡Qué amargura!

ASI LA VIDA ES HOY

HE amanecido. ¡Qué raro estar vivo otra vez!
Se lo pregunto con ternura a mi mesa de trabajo.
Ella no sabe nada. ¿Estoy vivo, por qué?
Y es raro sentir el hueso que te besa un poco
bajo mis fuertes labios de varón.

¡Qué raro tengo el mismo peso de otros días amargos!
El camino es muy largo y la vida muy corta.
Ella no sabe nada. ¡La pobre vida a golpes va pasando!
Me enamoré una vez; en el bolsillo tuve su retrato
lleno de primavera y de jamás.

Todos los días me asomo a la ventana
y veo que la vida está muy bella, que es imposible estar
en otra primavera. Al sur daré mi corazón;
será alondra cada gota de sangre de su voz.
Está tranquilo. Calla bajo el sol.

He amanecido. ¡Qué raro que mis ojos
vean, llenos de amanecer, que estoy ya vivo!
La primavera ¿dónde está?
Tal vez la tenga en el retrato aquel
lleno de tiempo. Así la vida es hoy...

L O S D I A S

DE nuevo a caminar. Estamos frente al siete de los días.
¡Qué asombroso está el sol
golpeándome las piedras del camino!
Igual que Dios está en mis ojos,
en mi respiración, en mi rezar.
¡Qué asombrosas están las palomas, hoy,
en el tejado de la casa de mamá!

"El camino no termina nunca, amigo mío",
me dijo el viejo abuelo de la casona vieja
junto al río. A caminar de nuevo el día empieza,
a caminar... Mis ojos están mirando una muchacha.
"¡Es bella!", proclama, sonoro el corazón;
el viento por los árboles le pone un nombre de madeja
fácil,
va diciendo: "¡Pilar!"

BIBLIOTECA NACIONAL - R. D. - SANTO DOMINGO

¡Qué azul está la tarde!, buen viajero que vas
con tus pasos de siempre y tu alma
a una nueva ciudad. El día llueve sol
y llueve hojas y cantos de los árboles.
"¿Dónde está el sol?", pregunta el niño aquel
que está jugando... "Se me perdió, papá".

Y la vida no se detiene nunca.
Sí, Pilar.

LE CONTARE A MI MADRE

SOY un ser temporal, con mis cositas, con mi sombrero
y mis opiniones. A veces va sobrándome la vida:
yo la pongo en la carta que irá a contarles
cosas alegres a mis familiares:
entendámonos, un gorjeo del pobrecito antonio,
antonio con minúscula en el cielo
de su papá de pan y frutas enterizas
en el cielo del trópico con pájaros cantando,
antonio con minúscula y luceros
—¡qué me importa!—
en el lenguaje de mi mamacita.

Estoy aquí, tremendo, deshabitado de cariño,
en este mi Madrid de nieve y viento
cuando quiere, y oigo caminar el vino
en las tabernas,
en el alma y la rueda de los taxis.

Yo amanecí temprano hoy,
confiaba en la caída de la nieve.
¡Qué mal rato! La lluvia estremecía los cristales.
Se lo diré a mi madre en primavera.
¡Qué mal rato, pensar que el tiempo pasa
para nada,
que en los versos, en el quieto papel,
pongo la vida!
Mi vida incierta como una corbata que la vida ha traído
inciertamente por la esquina, por el aire de invierno,
por la muchacha que en los ojos tiene
un azul que pregunta.

Sí, yo tengo mi opinión, mi novia, mi pensamiento
y mi política. Yo tengo en esta ropa mi pañuelo,
tengo la muerte ajena y un juguete de niño.
¡Qué fortuna! Le contaré a mi madre
que la nieve no cae en primavera.

A M I M A D R E

Mi mamá está tan triste. . . que yo me asusto;
ella toma las jóvenes telas, mientras canta
y sujeta los botones de mi camisa
con la paciente aguja. Ella le reza a Dios

y le pide mañaneramente que yo sea bueno
e inteligente, y que deja de volar
de rama en rama, como el pájaro salvaje
todo el día bajo los cielos azules.

Mi mamá es una larga paciencia de aguja,
de buena voluntad, hermosa y triste,
para coser la vida que se me rompe
quieta y desesperadamente en el día.

Yo la veo como un gran campanario
en la pequeña casa familiar, buena y honrada,
llamándome a la misa del pan cotidiano
mientras borda una esperanza de sus ojos llorosos.

Mi mamá, como una miguita que picotean los pájaros,
está volando con su ternura sobre las cosas humildes
de la casa;
ella le pone a mi camisa unos dedos tan suaves
que ya la tela se hace mansa como animal doméstico.

Mi mamá platica con las ropas blancas,
con la tranquilidad de las camas, al amanecer;
ahora siento su organizado corazón de bondades
ponerme un nuevo beso en la frente cansada.

A UNA PLANCHADORA

Para Luis Felipe Vivanco

LA comarca fresquísima al amanecer
y el caballo y la mujer.
¡Hosanna para la casa;
alegría del planchado sutil
de mi alba camisa!
Yo disparo a la brisa
mi corazón...

Alegría del fogón y en la brasa
de una boca de rosa:
Bello joyel inquieto en la ventana
donde asoma una cara de lirio
y unas manos de pan
—ciegas de miel y abejas—,
manos ordenadoras
que saben de la aguja y de la mariposa.

Te llaman Isabel pardos gorriones.
Yo te llamaré nube, tela blanda de lino.

Te he visto amanecer entre las ascuas del corazon.
"Isabel", dice el trigo
y un recuerdo de garza recorre tu piel.

Los muchachos ya saben tu alegría sencilla.
Ay, tú arrimas al fogón las pardas rosas
de tus mejillas. ¿Recuerdas?, comieron las palomas
el maíz más temprano
en el cáliz de ensueño de tus manos.

Un verano, un invierno
¡qué poco importa si tú sonríes!
Muchacha campesina, fresca como el agua
de las gordas tinajas,
los pájaros robaron trinos de tu garganta.

Bella eres, temprana planchadora de mi camisa,
un olor de blancura le pones al pañuelo
y al corazón que escucha
las sílabas del beso de tu sonrisa.

La comarca fresquísima al amanecer
y tu sonrisa "¡Isabel!"
Juego de tu boca de rosa y el fogón.

B A J O L O S A R B O L E S

A Darío Suro

CUANDO para mí la poesía era un ejercicio de todas las horas
y yo miraba los árboles y decía:
"Sea la Naturaleza bella y resplandeciente
y en ella señoree la muerte
y canten los ruiseñores."
Cuando yo era un hombre que leía los libros con placer
y tenía un corazón que cuidar,
y unos versos que decir contra el viento dichoso,
veía pasar, bajo el sol o la luna,
a las nobles mujeres de mis sueños.

Yo era joven aún, amaba,
sabía de la alegría juvenil,
sobre mis carnes tantos placeres esperaban
que los dejase trotar por el mundo.

Entonces todas las primaveras me hablaban de mis amores,
me decían que besar es una acción hermosa

y que esto importaba más que todos los versos
que abrieron el río de la gloria al poeta;
que era mejor que encontrar un cuerpo en la aurora
perderlo totalmente
como en el viento se pierde una hoja;
que el amor no era una retórica,
que el amor no se vive para dejar unos versos perfectos.

Cuando yo era, hace mucho tiempo, un muerto bajo el sol
y tenía amigos, y caminábamos bajo los olmos
y nos comunicábamos la horrible envidia que nos dejaban
los versos de Goethe
(leídos con placer como quien coge un fruto de los
árboles),
entonces éramos jóvenes y sinceros
y nos proponíamos mentir con nuestra sinceridad...
Y qué alegre era aquello de saber que la mujer era un
cuerpo gozado,
y que podía ser un pecado o una dicha ligera.

En ese tiempo eran los árboles bellos confidentes de la
amistad,
del amor, de todo lo que los hombres llaman impureza del
verso.
Qué hermoso era ver que las palabras tenían vida:
verlas traer las manadas de bueyes dorados bajo el día
brillante,

los troncos, los amorosos cantos de las aves alegres.
Y eso era la poesía:
contar lo que en la vida sucede.
Cuando yo era un muerto y la tierra dichosamente me
amaba:
sobre mi carne veía pasar los bosques
y los versos eternos.

MI TRISTEZA EN LA NIEVE

A mí una pobrecilla
mesa de amable paz...

FRAY LUIS DE LEÓN

EN medio de la noche
está la vida;
en medio de la nieve
yo tenía mi casa
de rudo sol
en la colina.

Nieve bajaba al alma,
y en el romero el aire
no mecía mi canto
y mi tristeza. Blanca
la nieve va, baja,
no anida en esta paz
del alma mía. Cae
la nieve, besa tierra,
palomas, sol, canciones,
se inunda de alegría.

Esta mi casa es
bajo la nieve. Este

mi fuego es. Yo tenía
mi paz bajo la tarde:
yo tenía la nieve
en mi tristeza. Soñaba
el corazón. El aire
me tocaba la voz
con su ternura. Era
verte caer, nacer
para la nieve.
(El día iba dejando
como el mundo su pena.)

Esta mi casa es
y mi tristeza.
Ya no nieva
en el alma, o en mi pena
que viaja por la nieve
noche y día.

Esta mi casa es
para el descanso amable.
Tengo para la sed
el agua clara. Tengo
una mesa de paz
para el amigo. Sólo
oigo rozar la nieve
la orilla de mi pena.

VOY A ESCRIBIR MIS PENAS

ES un día cualquiera,
tú lo sabes, un día de tu boca;
afuera está el corazón
esperando que llenes con brasas
de ese cuerpo tan tuyo —fluyente,
blanco— su terquedad de sangre
que golpea en el alba, que golpea en la noche.

Es un día cualquiera:
me arranca calendarios de la piel,
me corta el pan de esa boca tuya,
tan dulce, tan crepúsculo,
tan nombre de mujer, tan boca de mujer.

Yo te llamo con un nombre de lluvia,
yo te digo adorado pozo de agua callada y mansa,
yo te digo laguna de mis penas,
yo te digo oleaje de mi corazón,
del polvo que ya soy en la frontera del hueso.

No importa el traje, las pestañas, el cabello oloroso,
no importa que puedas tener un hijo,
hoy es un día cualquiera y tú lo sabes,
hoy es un día de infierno que en la tierra
abre la oscura puerta de las lágrimas.

Yo te he mirado como a las montañas,
yo te he soñado como a los volcanes que viven en mi
corazón;
"no importa que la lluvia caiga", te decía;
"no importa, te besaré la boca"
y azucenas recordarán tu cuerpo ruboroso de novia,
y penas y ciudades recorrerán tu cuerpo que he besado.

Los oficios de los hombres estarán soñando en tu boca;
estarán los carpinteros, los labradores, los guerreros
en el beso que me repetirás en este día cualquiera
en que ya sufre el aire,
en que hasta la paz del jardín se ha llenado de ciegas
tempestades.

Yo soy un hombre; tú eres una mujer:
hechos de corazón y lágrimas y piel
y locos odios como una selva incendiada
y envidias como ocultas fuentes oscuras.
De noche te he besado donde no eres sincera,
donde te repliegas hasta meterte en ti
como una lágrima asomada en la ferocidad de los leones.

De noche te he besado donde tu piel se hace de frutas;
no eras el lento equipaje de la muerte
que somos los humanos; no eras la totalidad
de un poco de polvo que palpita,
eras, más bien, una mujer con dientes,
con preguntas, con sueños que incendiaban tus labios.

Recuérdalo. Hoy es un día cualquiera,
como todos, un día en que se editan libros,
en que se puede hacer un traje para la desnudez,
un día en que pueden besarse las estrellas en la noche
y voy a escribir mis penas sobre tus lágrimas que pasan.

LA NIEVE SEGUIRA CAYENDO

A Leopoldo Panero

HOY que de nuevo el agua quiere atormentarme
estoy de nuevo nómada en mi cuerpo,
estoy de nuevo como el niño
que en el sol de mañana ha jugado
a que encuentra su vida con la muerte.

Húmedos son mis ojos como lobos que pasan por la nieve;
mi corazón es una torre inquieta.
Húmedos son mis labios cuando besan
un recuerdo pasado, roto entre mis pobres cosas.

¡Qué bueno es estarse humilde con la muerte que pasa,
pesa, como un abrigo viejo repetido cada invierno que
llega,
cada invierno que de nuevo trae
su nieve, sus días húmedos y fríos, sus mujeres;
qué bello es estar junto a ti cuando miras callada

y ves caer la nieve,
y empezar la nieve
entre el límite tibio de las sombras!

Yo estoy aquí, me muero nuevamente;
alegremente me toco el hueso poderoso del corazón
y él late fuertemente, y lanza sangre y nieve
y lanza vida y hombre, y lanza corazón arriba.

Entonces vuelvo de nuevo a la escalera
en donde ayer, bajo la primavera, iba la muerte
con un hombre a cuestas, al lado de su sombra:
y yo los vi subir como ascensores lentos hasta el cielo.

Sí, es bueno ir besando mujeres bajo los escombros del día,
ir mirándote repetida en los retratos
que llevan diferentes tiempos de tu cuerpo y tu sombra
y es alegre arreglarte el corpiño en donde están tus pechos
reposando.

Y la nieve seguirá cayendo,
golpeándote la frente y los cabellos
y yo muriendo nuevamente
entre tus brazos húmedos de tierra.

POEMA QUE NO TIENE NOMBRE

A Vicente Aleixandre

NO me miren ya más de nuevo mis amigos,
no estoy muerto aún ni nada parecido
me puede ya habitar en este pecho
en donde hay nidos de pájaros, donde ya está la vida,
esta vida de hombre que tengo
para bellas mujeres de trenzas nuevas
en primavera. Es imposible que otros ojos me miren,
primitivos, como si hubiese muerto.
Soy. Ya soy. Canto. Estoy bajo este cielo
como un olmo gigante, como una gran canción
de ruiseñores, rezumante de dicha.
¿Nueva? Como es la hoja en primavera.
Imposible decirte que en este pecho tengo
un cántaro, con su agua pequeña, alegre
y matutina. No me miren ya más (¡me importa!),
estoy sobre la tierra, aún hay árboles
con sus secretos nombres que les hace

un contorno tan suave como yerba en otoño.
Relinchan los caballos en el parque de arriba,
en el que está en el cielo azul, relinchan.
"¿Quién empezó primero?", dicen los novios, tristes,
porque ya están queriéndose hasta el beso,
porque se están amando tan cerca uno del otro
que ya temen sus sombras tocarse en primavera,
que ya temen sus jóvenes labios decir las cándidas
palabras:
"yo te amo". Y entonces nacerán de nuevo,
estarán más inicialmente en el día,
podrán ir a la esquina y comprarse un pan familiar,
tan cotidiano como el buen vino de la madre
que está presente en nuestra casa joven de madera,
y es rico y manantial. Un corazón de panes nuevos
para el hijo, de panes con un poco de Dios
y mucha vida en la profunda miga de su centro.
Un pan candeal, candente, por el camino de los labios
de esta madre noble que me besa los ojos.
Y somos ya dos novios, uno antiguo, con su gran pelo
blanco
flotando en los cielos azules, y el otro, que soy yo,
mirándola y mirándola, como a trigo sagrado.
Como veis, no me muero todavía y canto, y digo:
como el agua de un cántaro roto me arrastro por el suelo;
beso la madre tierra en estos versos,
y beso los muertos tierra en estos versos.

Podría comenzar de nuevo a dar mis venas a los árboles,
podría dar mi corazón de potros a los árboles...
Prefiero callar como si estuviera muerto todavía
y palpar a las frutas, y sentir el dolorido aroma de sus nombres.
Como veis, no me he muerto y puedo traer cantos de primaveras,
puedo traer la vida de mis carnes, de mis huesos
que son tan tiernos como un joven ruiseñor
que canta enamorado en los ramajes de los viejos tilos
y es tan alegre que se vuelve, sin saberlo, voz del tronco,
que se vuelve hermano del ramaje, carne de los ramajes.
"Esto es ya ver el mundo", me digo alegremente;
"esto es verlo todo sin empezar de nuevo
y tengan que venir mis familiares a despertarme
del gran sueño del mundo." Como veis, todavía estoy vivo;
sé lo que es un *tilo,* lo que es un *ruiseñor*
y a veces puedo distinguir un caballo que corre de una corza que bebe
y eso que nunca he visto una corza bebiendo,
pero sí una fuente en que pueden beber todas las corzas del mundo,
todos los hombres del mundo hermanados por el dolor.
(Pero los hombres no quieren ir a Dios sencillamente como un beso.)
Como veis, puedo pasar de mi casa al campo

porque estoy vivo. Puedo hablar de corza largamente
y recoger en los frescos ramajes una fruta dorada como
un sol,
una fruta con un zumo tan noble, con un sabor tan noble,
que parece unos niños apedreando a un charco.
Mi madre podría asomarse a ver cómo están los rosales,
a ver si ya han crecido las margaritas,
y si ya han crecido las golondrinas en el viento,
pero no, ella quiere atender con su aguja a mi inquieta
camisa;
mi madre con su canasta de frutas en la mesa
y yo goloso niño contemplándola, y yo golosa fuente del
paladar
sacándole la cuenta exactamente a aquellas frutas.
Podría contarlas sin equivocarme en mi recuerdo de
hombre,
decir, con mucha exactitud, sus pesos, sus nombres, sus
aromas
y hasta la gran pasión que había en mis ojos.
Como veis, es que no he muerto todavía.
Veo nubes; amo al mendigo de enfrente,
el que junto a su perra está sacando la cuenta de los días;
puedo lanzar alondras; librarlas en las mieles del día;
puedo ver los yoleros quemando el mar azul con sus
remos en la tarde;
hay de nuevo gaviotas, hay los peces de líquido fluir

y yo los amo, y los veo entre la muchedumbre de las olas.
De nuevo suenan las puertas del mundo,
de nuevo el hombre abre las puertas de la tierra
y van amores dando tumbos, como barcos borrachos
en el mar. En la noche vienen a visitarme mis amigos
y yo les digo apasionadamente: "¡Como veis, no estoy
muerto todavía!"

POEMA EN DONDE HAY RUISEÑORES

HABLAN los resplandores; hay la leña
consumida en el día por los hombres;
dejo mi casa bajo el cielo;
corto el pan con mis manos sudorosas;
famosamente hombre soy, pequeño,
con un rizo de muerte en los cabellos.
Amable, Luis, la flor de los muchachos,
vecinos de mi barrio, de mi muerte,
aquellos que una vez ya fueron niños,
tienen sus novias como flores nuevas.
Entonces me pregunto: ¿esta es la calle,
estos mis ojos son, estos mis huesos?,
y cojo el vino en la taberna agria,
y veo el sol salir por mi solapa
y canto y grito, ¡y escupo al hombre!
De nuevo ¡qué me importa este día!,
nada me importa ya, estoy ya muerto;

la hormiga pone su lengua aguda entre mis ojos,
y gritan mis pañuelos duras lágrimas.
Mis amigos no están: vengan los pájaros,
vengan las frutas, venga Madrid con lluvia
aquí a besarme. Los muertos están bebiendo locamente
un vino amargo en la noche hembra,
están callados, miran, miran sus manos blancas,
la voz rota, y el río principal de primavera.
Pensar que al mundo llega aún la primavera
a pesar de los muertos, a pesar que yo escupo con mi boca,
a pesar que no sirvo para nada. Río, idiota de mí;
veo mi cara en los espejos y tengo que reírme
y tengo que llorar, porque la muerte estaba
entre mi ceño ardiente conversando.
Y vienen los amigos: vendedores de esperanzas
vienen a decirme que nunca estuve muerto.
Y ya se ríe Ory, le flaquean los dientes con la risa
y estamos como amigos frente al vino original;
yo le pregunto: ¿Se te cayó la risa aquella,
la boreal gozosa de tus labios, la jibosa
risa que ya te ahoga el corazón, jugando,
entre tus dientes blancos y dientes negros?"
Conversemos, amigo, la tarde sirve para algo;
deja el pañuelo de la muerte un rato;
pon en tus versos el ardor de leña
que me gusta besar en las muchachas.

De nuevo, nuevamente estoy llorando,
de nuevo, nuevamente estoy pasando
bajo los ruiseñores. Palabrotas de ingratos
me ahogan la ilusión; me ahogo vivo
sobre las ciudades, y los dulces tranvías
están pasando con el alba, y están pasando
con esta muerte mía que solloza.

Encendamos la leña que me muero,
que me muero en el llanto de los hombres;
apaguemos el corazón, que ya el invierno
besa, apaga un rey, convierte a los mendigos
a más miseria más, sí, a más miseria.
Robo tu voz y tengo la mañana
y el caballo relincha, y yo lo amo
cuando mastica yerbas como rosas,
y yo lo beso cuando tiene un galope paloma;
va volando con su gran carga encima
de mujeres que han muerto mirando en las ventanas.
Entonces, qué te importa que te ame;
estoy rabioso, Pilar; estoy besándote el paladar
famoso, donde un ángel puso el milagro
de tu beso, dormido entre salivas como alondra.
Pilar del viento, conversemos (¡no ves que ya me muero!):
mi corbata pregunta por mi sombra,
mi primavera, mi verano, preguntan por mi sombra.
A que ya no lo sabes. . ., ¡que te amo!,

a que ya no te acuerdas que estoy sufriendo,
sí, sufriendo con mis huesos tanto rato.
Me truena el pecho con la noche amarga,
y truenan las palabras con los soles;
bebo mi miedo sorbo a sorbo un rato
y te acaricio el pelo, y te toco la voz
a ver si suena con la música viva
de tus ojos. ¡Es imposible que me quieras tanto
si estoy de nuevo muerto para siempre!

POR PENAS DE CASTILLA

(Homenaje a don Antonio Machado.)

AGUEDA, prima mía,
del aire y de la risa,
mi corazón ensimismado puede
brotar en otra nueva primavera.
La primavera leve de Castilla.

La primavera en el rojo y el ocre
de la tierra seca. Mi corazón castilla
entre los álamos, como un gorrión
vuela en la rama que la luz recobra.

Castilla entre los ojos de la luz.
Castilla en los manteles, y el corazón,
sonoro, por Moncayo y Urbión,
remeje su tristeza, como la tierra,

que el Duero baña, un olmo estremecido
trae para su corazón de piedra y fuego.

Yo por Castilla voy con los arrieros,
entre blancas ovejas y olivares;

yo por Castilla voy entre la muerte.
¿Soy castellano? No, mi fuerte América
a la lumbre del sol y el corazón se acuesta,
a la lumbre de un río que no pasa.

Mi prima Agueda, asombro de Castilla,
agudo ruiseñor, como una alondra triste,
como la luz que en la espiga y la tierra
pone su corazón, canta una copla amarga.

Yo en Castilla la escucho entre los olmos
y soy el vuelo tardo de una primavera,
y soy la sierra oscura en que la nieve
cuenta la muerte de las rojas flores.

¡Oh primas de Castilla, altos mares
de lomas y montañas! ¡Oh molinos
del trigo, y las canciones!
Castilla del amor,
tierra que llega al corazón que calla,

tierra que cuenta con su sueño de agua
el juego de la vida con la muerte.
¡Oh Moncayo tocado por la nieve,
oh alondras que no cantan,
oh trigo azul

en el recuerdo de mis ojos!
Fuiste la luz,
Agueda, delantal del alma, la luz
que por Castilla canta cuando el invierno
cambia sus ascuas por palomas.

Agueda,

¿sabe Castilla que la luz es mansa?
¿Saben los chopos que el amor comienza
con sol y soledad,
con la burra en la noria,
con los manteles rotos y el trigo de tu mano?

¿Sube la tierra al rojo de tu boca?
¿Hay cigüeña en lo manso de tu mano?
¿Tu desamparo sabe
que Castilla se agota en el trabajo?

¡Oh lumbre castellana, rota encina
adonde van los cuervos!
¡Oh camino amarillo
en donde está el invierno meditando!
¡Oh arado que desangras
la sequedad terrible!
¡Hordas tristes de harapos, sementeras
en donde está la vida
secamente sembrada!

Agueda, prima mía,
¿relumbra Dios en la espiga de tu mano,
o en tu brasa de pan
que a la tristeza llega del vecino?
¿Saben las norias que tu amor espera?

NO QUIERO QUE MI VERSO CANTE

A Carlos Bousoño

NO quiero, amigos, que mi verso suene,
sabedlo, me molesta.
Yo tengo para el mundo una palabra
de sombra y luz, ya plena

como la nube alta, como el cielo,
como estrella que quema.
Dejad que el viento pase por mi pecho,
me incendie la serena

paz de estos montes que en los ojos llevo.
Dejad que en estas eras
la espiga más azul, el aire amigo,
jueguen con mi tristeza.

Yo soy tan triste como el ave herida.
Entre mi noche suena
Dios, que está haciendo el oro de la espiga,
la luz sobre la nueva

soledad de tus ojos por el mundo.
Mi corazón es piedra,
piedra tallada por el llanto, viva
entre la luz inmensa.

Inútil es la fuente, el monte, el viento,
inútil mi tristeza.
Siento las aves que se van, las nieves
que saben de la espera.

No quiero que mi verso cante; pene
su desnuda entereza
de montaña, de río, y en la espiga
vuelva a mecer mi pena.

VA mi sola tristeza por la tarde.
Yo siento la ceniza de los campos
y en el triste vagar del blanco viento
un corazón poblado por el llanto.

Huele a tristeza el sol; hoy ilumina
a la oveja más blanca del ocaso
y su pena en lo puro de la tarde
quema el trigal callado.

Esta sombra del sol va por el alma
a quemarnos el pan enamorado.
Yo siento el sol que pone sus abejas
en el temblor oscuro del poblado.

Quema la fuente el sol, quema la pena
que deja el hijo en el dormido flanco;
mi corazón se pierde en sus hogueras
cuando es fiebre el almendro del cercado.

Esta pena del sol llena la tierra
de un corazón quemado.
Seco ya va mi beso por la tarde
hasta quemar el corazón del llano.

Qué sequía tremenda por la pena
de no tener un corazón poblado,
de no poder tener el aguacero
en el inmenso vaso del nublado.

ESTE VIVIR COTIDIANO

A José Luis Cano

UN día llegan los hombres
sobre la tierra callada;
caminan sobre sus penas
sin saber que los amarga,
sin saber que va la fuente
dejando sus frutas claras.
Son hombres que en el trabajo
usan la azada que canta
al contacto de la tierra
para iluminar el alma:
van hablando, van soñando
sobre la muerte que pasa;
sudor de su buen trabajo
se ha mezclado con el alba.
El trabajo es su futuro:
así lo dice la azada,
así lo dicen los sueños
y el corazón por quien hablan.

¡Pobres hombres que en la tierra
tienen la pena pasada!
Un día llegan, las besan,
dejan una boca clara;
han dejado en cada beso
sabor de tierra dorada.
Son hombres que en sus mujeres
forjan la raza que falta;
resplandores de sus manos
son la niñez ya forjada.
¡Pobres hombres que en la tierra
no saben lo que les pasa!
Un día obtienen la muerte
como un pájaro sin alas.

VAMOS soñando por la tierra,
queremos verla iluminada;
somos semillas que en el viento
lleva la muerte acongojada.

Besamos bocas transparentes:
bocas de besos y alboradas;
pero la luz nunca nos crece
hasta tocarnos toda el alma.

Somos recuerdo de materia.
El sol ya viene a iluminarla.
El sol que crece por mi pecho
nos dejará sobre la nada.

Nada es tu boca sobre el viento
claro. Nada tu voz, tu cara.
Somos pedazos de planeta
donde la luz quiebra sus alas.

¿BESARNOS? Entre ramas
se ocultan los amantes;
nacientes las estrellas
pasaban por el aire.

Era besar tu boca,
besarla hasta quemarse
lo que la luna quiso
en el oscuro parque.

Los vientos en la noche
movían verdes árboles.
No había nieve entonces
y era fácil amarte.

¿Besarnos? Son las ramas,
sin nieve, las que parten.
Arriba está la noche:
la luna va a besarte.

ES TRISTE EL MUNDO

BESE tu boca entre la nieve
y la alegría ardió en el pecho.
Fuiste la llama de aquel día:
mi rosa turbia de deseo.

Todo es lo mismo: ya no busco
las olas rojas de tu cuerpo.
El mundo pasa para siempre
sobre tu Dios, en el que creo.

Besé la torpe soledad;
besé tu carne rubia, yelo,
nada. Quedó sombrío el mundo.
Quedó como después del fuego.

Hoy en cenizas va mi carne.
Queda tu mano sobre el pecho
como una rosa deshojada:
¡Es triste el mundo sin deseos!

PRIMER CANTO DE DOLOR AL SOLDADO

DESDE las nieves llegas, galopando
entre álamos del río;
algunas veces, soldado de la tierra,
yo escucho tu corazón de noche
por fiebre y miedo sacudido.

Tu corazón sonando en el amor.

Tu corazón pasando por los ríos;
iniciando entre pájaros que cantan
tu paso por la tierra, oh soldado,
oh dueño de la muerte con las balas.

Tu corazón entonces con la tierra.

Pudiste amar la niña de una primavera
nacida entre cruces y ciudades quemadas;
pudiste haber amado la piel de los jilgueros
y el pan que va sangrando en la casa del pobre.

Pero ya estás en todo el maíz destrozado.
Pero ya estás en la tierra que clama.
Pero ya estás de noche en las lágrimas del niño.
Pero ya estás eternamente vivo con tus ojos.

Tu corazón entonces con la noche.

Recuerdo que cayeron con abril entre flores.
La primavera todo lo llenaba:
los relinchos de los fuertes caballos,
la tierra que, enérgica, estallaba en la rosa.

Cayeron como frutas al fondo de la tierra.
¿Quién recuerda sus nombres? Ni el río ni la rosa.
¿Quién se acuerda que fueron desolando los pájaros,
los árboles? Nadie; todo está ya muerto.

Y vas, soldado, a mi ciudad de madera
a quemarle los ojos a las ventanas,
a la puerta feliz donde la novia estuvo
reposando los ojos
en el llanto apacible del ganado.

Y vas atormentando la tierra con tus botas
de fuego y almas pisoteadas,
con tus botas que el mundo recuerda con dolor.
con tus botas que el mundo recuerda con dolor.

Desde la muerte llegas a darle muerte
al pan inicial del día, a la flor
que en el aire se mece llena de dulces ojos
para el amante viento que la arropa amoroso.

Y vas, soldado, destruyéndolo todo con tus pasos..

II

LOS FRUTOS DEL SILENCIO

In a little dust, in a little dust,
Earth, thou reclaim'st us... *

FRANCIS THOMPSON

Wie Gras auf dem Felde sind Menschen
Dahin, wie Blätter, nur wenige Tage
Gehn wir verkleidet einher. **

MATTIAS CLAUDIUS

Regret not me;
Beneath the sunny tree
I lie uncaring, slumbering peacefully. ***

THOMAS HARDY

* En un poco de polvo, en un poco de polvo, —¡oh, Tierra!, nos reclamas...

** Como las hierbecillas y las hojas —pasan los hombres, y contados días —aquí nuestro disfraz lucir podemos.

*** No te apenes por mí; —bajo el árbol dorado —de sol, indiferente, descanso en dulce sueño.

QUE el paisaje es una
caricia como de luna,
en tu desnudez lo sabes.

¡Ay!, muerte: te amaré,
te amaré,
como ayer quise a la rosa
y al calor de palomas
de unos pies rosados
en la aurora
sobre un lecho de flores.

Voluptuosos son tus labios, muerte,
como la más roja flor
en un jardín de mujeres.

Muerte, estás en pie
en las figuras que hace el agua
cuando el sol se moja
hermosamente en un beso.

Que el paisaje tiene
una caricia
como de brisa y de luna,
sólo tus ojos lo saben
en esta hora, en penumbras,
en que cada fruta guarda sabor de muerte.
El paisaje puede ser de luna
y de lentos antojos,
para mí que como frutas
junto a la muerte, me es igual.

Igual mordedura doy a la rosa,
y a la manzana y a tu boca.

TODAS LAS MUERTES JUNTAS

LA muerte de Raquel, la muerte de Rebeca:
todas las muertes juntas en un valle de rosas.
Señor, ¿quién crucifica el agua bella y tuya
que suave como un sueño se pierde en la llanura?

Altos árboles tienen su sol de heridas llamas,
su soledad de viento: suspiro de los ángeles
verdes que recorren la savia de los troncos.
Señor, ¿quién guarda el tiempo retenido en tus manos?

Las cómplices estrellas detuvieron mi aliento
y Tú, Dios, estabas solo como tiempo olvidado de tu
fuente.
Señor, ¿quién hiere al ciervo junto al amor que pasa
bajo imperioso infierno de cenizas mundanas?

Tú llegas de bien pocas y menudas raíces:
llegas de Amor callado, de tierra como cielos caídos.
Señor, ¿quién deja en llanto al corazón?
Mi corazón es rosa que se pierde en su herida.

Leves pechos nacidos al sol en las doncellas tímidas:
yo los vi como el agua que remonta el verano.
Quise tener las oraciones del alma y volví con mis ansias.
Señor, ¿quién dió la orden de llevar las doncellas a la
muerte?

La muerte está en Raquel y en las hojas de otoño.
La soledad y el mundo luchando noche a noche.
Pude ser como el agua y fuí como la llama enamorada.
Señor, ¿por qué llevan la sed del hombre hasta la muerte?

ODA A LOS MUERTOS DEL SUR

I

HUBO rosas, nada más; yo las recuerdo
cuando parto de mí, no sé hacia dónde.
La vida fué una flor caída al Sur
como cayeron otras perdidas flores
de salvación y olvido.

Recuerdo que en el aire había una desierta llanura de
sombras
y algunas ramas
y mi soledad: ¡ay, mi soledad
cómo me torna solitario!

No quiero que mi soledad surja de mi voz
como crecidos pájaros;
no quiero apoyarme en esos recuerdos
ni bajar al otoño, donde las hojas son seres,
amables seres de una primavera ya extinta.

Yo confundía esa larga región de las lluvias
con quebrados amores
o extensas cabelleras destruídas al alba.

II

¿Para qué pedirle nada a ese cielo sin nubes
que ahora parte de ti?
¡Oh, mi país!, con sus abuelos árboles;
con sus ríos que marchan solos a la muerte.
Van a confundir sus abiertas venas de agua
con el mar solitario.

He visto, al Sur de mi país, crecer las yerbas
impulsadas por un soplo de ángeles
y canciones de pájaros.

Los muertos, en mi país, son muertos amables
que no regresan del polvo.
Estánse quietos allí y no preguntan nada.
Los muertos nada quieren después de su reposo.

Yo lo quise, una vez —a mi país— adonde llega el
atardecer de prisa.
Mi país tenía un cuerpo amplio como el otoño;
respiraba dulcemente como en otoño.

III

A veces quiero volver a esa región de vientos y árboles
y contar a sus altas copas la alegría de vivir
y sentirme nuevo,
como las duras piedras mojadas del recuerdo.
Caer allí,
atravesada la voz por el viento poblado del amor.

Pero ya nunca volveré a esa región
donde jugué con Dios en la infancia.
Ninguno me conocerá:
estoy bajo este nombre combatido por el tiempo;
aún guardo el recuerdo de las manos del Sur.

¿Quién canta en la enramada,
bajo la voz que se aleja...? Ya nada puedo recordar.
Ella cayó como la primavera.
En el Sur,
donde los muertos no tornan del polvo.

EL MUERTO EN EL MAR

A José Angel Valente

SE iba cayendo muerto entre las baldosas y el polvo
de los caminos.
Era un hombre—con el pecho bajo el sol de septiembre—;
un hombre con su casa, su mujer, su viento
que movía rosales y tal vez el cielo.

Iba como un náufrago entre las cosas;
parecía un muerto de muchos días:
sin gaviotas que chillaran sobre el mar,
y era como el hondo movimiento de las mareas.

Bello había sido; las mujeres lo habían rondado.
Ahora está casi roto mientras sus zapatos suenan
por las calles y en los corazones de los transeúntes.
Ahora su voz lleva las estrellas apagadas del cielo.

Un viento extraño y negro
se apodera de la corriente de sus huesos;
se va hundiendo en la soledad del cielo
y su memoria aún recoge los campos.

Bellos campos con muchachas que se pierden para siempre
en el alba
—dicen sus labios—, y ve volar por sus ojos a las gaviotas
y el mar se le sube como un juego a las carnes pasajeras.
Aquí amé —piensa—; en este mundo brillante
que se pierde,
y nuevas gaviotas le llenan el corazón,
y nuevos mares cantan con las palabras de sus olas.

Se le iba cayendo muerto el traje, la voz,
los ya difuntos bolsillos, los botones de agria voz blanca
entre el abrazo solitario del ojal sin ternura.
Se le iba apolillando la voz; la iba dejando en viejos
anaqueles.

Ah, sí, pero el mar estará allí para siempre
y las golondrinas, al volar, pondrán una mancha negra
en el azul de sus ojos,
y el mar morirá un poco en él, pero estará allí para
siempre,
y los árboles también morirán con él,
pero aún conservarán su fuerza en el mundo.

Ah, las mujeres vendrán a lavar al río sus blancos senos
de nieve
y siempre habrá en el mundo mujeres,
y él estará siempre muerto sin remedio.

Se le iba muriendo la casa, la habitación,
los libros, los versos de un poeta.
Sólo le quedaba la voz entre las olas viejas del mar.

L A M U E R T E.

LA muerte viene, sí, con resplandores,
con el hueso del hombre de la esquina;
trae las discusiones del periódico, la política
y el nudo aquel del vino
que ahogaba, a voces, al gendarme.

La muerte viene, hoy, ejemplar, enérgica
en el desgarrón de este mi solo traje;
se le cayó un botón a la dulce camisa de mi amigo
y en él la muerte estaba, sudorosa,
con su cálculo máximo, matemática,
comiéndose al botón,
las coles, las manzanas de esta venta.

Y las pobres mujeres, los soldados,
la vieron tercamente pararse en las esquinas
y decirles: "No hay paso para ustedes",

enseñando su cuerpo de hojas secas,
sus huesos sin milagros, su alma seca.
La muerte se ha metido en los teatros,
en los taxis de agosto, en el invierno puro de diciembre,
en las relojerías donde fabrican el tiempo de las gentes,
en la Gran Vía. Allí comió muchachas ejemplares,
dejó un hueco, no notado por nadie.
Quemó un verso, purísimo, en el aire.
Se sentó en "California", comió helado.

La muerte está de fiesta en la taberna,
donde quema gitanos, donde bebe un coñac extraño,
extraño,
donde se toca el beso y la palabra
y allí se abre los pómulos del amor,
la sangre, los ruiseñores tímidos, las hojas
y el cigarrillo ardiente como un beso.

La muerte está en pie, conversa con el hombre,
lo sostiene, le da el sentido de las cosas;
le dice: "recuerda que soy,
que soy tu amiga inolvidable,
intransferible, tuya, como tu sudor,
o la fuerza de tus ojos, o tu palabra.
Sufro, me bebo el vino que tú bebes.
Me bebo el llanto que tú bebes.

Que soy tan tuya como tú,
como tu carne o la podredumbre lenta de tus huesos."

Y así habla la muerte, todo el día,
y su palabra tumba hojas, llantos, besos,
deja el amor quemado en cada puerta de madera.

L O S M U E R T O S

A Luis Rosales

OH los muertos, leves pasajeros,
se han ido;
no, están todos los días, pasan
por los mismos caminos
donde van mis pasos.

Aquél piensa y habla aún,
hace canciones, se enamora
y llega todas las tardes
a mirar los paisajes en el río.

Es un muerto tranquilo, melancólico,
de bella voz. A veces parece un gran maestro
de árboles. Se va despacio al borde del camino
y ve caer las hojas en el viento ligero
mientras sonríe dulcemente, tranquilamente,
como si hubiese escrito un buen poema.

Tiene hijos, ama y besa
y sabe que su tumba está fijamente en el tiempo,
pero no pierde la oportunidad de conversar con la aurora.

Sabe que vivir es una operación difícil
y sin embargo acepta que el aire mueva las cortinas
de su casa,
le cierre la honda ventana donde ve pasar,
muchas veces, el grave campo con sus tiernos aromas.

Oh sí, él es un muerto que tiene su fecha en los calendarios
y mira la luz, y sabe que quedarán ruiseñores cantando
cuando ya sea polvo. Y que habrá, aún, durante mucho
tiempo ríos
y que hablarán de él diciendo que era una buena persona.

Otros muertos irán contando sus historias por el mismo
camino
y siempre habrá una novedad en lo que digan,
sus auroras serán las mismas auroras diferentes
y ellos amarán la vida, elegirán muchachas de rojas
mejillas,
comerán jugosas frutas a la orilla del camino
donde antiguos muertos, para siempre, suavemente
han pasado.

ESTO es horrendo:
contemplar mis ojos,
contemplar mis zapatos,
contemplar esa rosa
que nace en mi alma entera
y decirle a los aires:
"sed vosotros la vibrante semilla de mi muerte,
de mi muerte en mi bella camisa,
en mi mujer que aguardo
y en los niños que aún no me han nacido."

Es horrendo ser tan honrado bajo el sol,
beber, jugar con los muchachos de ojos bajos
y desear esos pechos
en que la muerte da saltos de palomas.

Es inútil detener mi fusil,
el esqueleto enfermo de mi cuerpo;
es inútil sin ser llamado irse al paraíso

y tener esta suerte y este dinero
que dando un grito exclama:
"Dónde el hombre, dónde la mujer
se muere
por tu placer
o intensas alegrías de ricacho".

Es inútil abrirse el corazón en los mercados
y gritando decirle al hombre enfermo:
"en él lucha la muerte con la vida".

Y qué feo es mirarse el esqueleto lleno de pasado
y estar alegre aquí con esta muerte,
con el vecino cerca,
el que junto a la muerte está llorando con sus ojos,
con su voz, con sus grandes embustes en la boca.

Yo te lo digo, corazón,
y a ti, mi humilde zapato solitario que has pisado una rosa,
que has pisado indiferente las huellas del dolor,
yo te lo digo cuando estoy a solas con mis versos:
¡que qué feo es contemplarse uno
tan horrendamento bueno!

HIMNO A LA VIDA QUE VIENE

A Rafael Montesinos

I

OS puedo contar por qué habéis muerto
cuando las puertas sonaban y sonaban
con ruego maternal,
más abajo del día, en la voz de la madera,
junto a los cerezos del parque
que apedrearon los niños con fragante inocencia;
os contaré por qué habéis muerto
al mirar vuestras amadas cabezas bajo el sol.

Fue porque aullaban los perros debajo de la tierra
con un candor tan tierno
que el mundo se iba oscureciendo poco a poco,
que los besos de nada servían
y por eso yo podía lanzar al viento mi corazón humilde.

II

Os diré que es feo que la muerte venga tan de prisa,
que nos sorprenda comiendo sobre blancos manteles,
que nos mande su buena tarjeta mañaneramente
cuando nos mañanamos los rostros y también los papeles
donde escribimos los versos con gran golpe de sangre y
miedo;
es feo ver a mi madre cosiendo el delantal de la muerte
con sus menudos dedos de rosas,
con sus menudos dedos de polvo y de caricias
(nobles como las hojas de un libro bien escrito).

III

De nuevo al amanecer llama la tierra. Llama como una
madre al hijo hombre,
al que ella quiere ver en sus entrañas de polvo,
bajo el denso rumor de las delicias de una fruta jugosa.
Y todo esto para mí, para mi noche, cuando los perros
ladran sobre la tierra,
junto a las ventanas cerradas, y no nos dejan dormir con
sus ladridos.

IV

Qué os importa que la muerte esté leyendo el periódico
y que haya muchas niñas desnudas bajo los cielos del
mundo.
Qué os importa que haya tanta miseria y tanta hambre
y que nosotros sigamos cantando, que otros vayan
fabricando la muerte en forma de guerra,
en forma de política. Y la pobre muerte, tan inocente,
tiene que aprender grandes códigos internacionales para
pasar por el mundo.

Y ahora ya está doctorada para matar de nuevo.

V

Algunas veces llueve y Orfeo canta bajo las enramadas
contra el ruiseñor. Podemos morirnos en cualquier
momento,
pero el aire aún sopla sobre mi cabeza atormentada,
y yo amo a alguien y puedo tener un hijo.

¡Y entonces la muerte nada nos importa a los humanos!

LOS MUERTOS SON RECUERDOS

A Ernesto Mejía Sánchez

LOS muertos ya no escriben sobre el agua sus nombres,
sobre la tierra ponen un beso de sus bocas ausentes
y estalla el sol que iluminó las jóvenes campiñas.
Los muertos hoy se lavan las manos en los ríos

y escuchan cómo cantan los locos pajarillos
mientras pasan las nubes y en los olmos frondosos
los muertos dejan huellas de sus manos sagradas.

Las manos de los muertos están en el tomillo
rodeadas de rocío que compró la mañana;
son unas manos suaves como el agua de un pozo
donde lava la noche sus estrellas calladas.

¿Asunción o Rosario fue el nombre de esas manos
que en la nieve se pierde como temblor de alas?
¿Fue Rosa acaso el nombre de la dorada boca
que el polvo suavemente me trae en la mañana?

Los muertos son amigos del campo, de las niñas
que visten faldas bellas de salvajes colores
y juegan con muñecas tan tiernas, tan sencillas
como el pasar del viento sobre bellos trigales.

Un muerto es una llama, un corazón, un beso
que en los días alegres hermoso jugueteaba;
hoy, sobre el tiempo vano, los muertos son recuerdos
de los buenos amigos, del amor, del pasado.

LA TUMBA DE PEDRO

A Rafael Morales

EN esta tumba yace Pedro, el amigo mío;
el sol casi imposible le dora la cabeza;
me ha dicho que es feliz y que su pecho esconde
esa alondra que escucha mi corazón caliente.

En su grave cabeza donde hubo pensamientos
hoy crecen tristes hierbas con flores amarillas;
en su boca perfecta, que decía unos versos,
sólo queda el vacío, la soledad, la nada.

Viajero, cuando mires esa tumba de Pedro,
piensa que fue dichoso, que jugó con los niños
y un día, sin saberlo, se nos volvió recuerdo
en la quieta campiña donde estos olmos sueñan.

Y tú, clara muchacha, no detengas tu risa,
ponle con tu reír un manojo de flores;
era Pedro sencillo, guardaba sanos besos
y un día se nos fue... bajo la primavera.

AQUELLA MUCHACHA

TODOS amábamos a Isolda cuando nos miraba
en los campos
con aquella mirada que sabía del dedal, de la aguja,
de la rosa olorosa y del maíz sencillo.
La amábamos todos con silencio de muchachos
que mordíamos una fruta deseada y prohibida.

La amaba el caballo, la montaña, el río Ozama
donde ella metía su mano de niña,
su cabellera de mujer,
su sonrisa como una flor de flamboyán muy roja.

Todos amábamos a Isolda cuando aseaba sus muñecas
con gravedad de madre muy olorosa y suave;
un día sentí el roce de sus piernas
y me trotó el corazón como débil potrillo.

¿Dónde estás hoy, Isolda, dónde estás en el mar
o en los libros de cuentos que olvidaron los niños

en mi tierra? ¿Dónde estás en la rosa que estalla
o en el largo verano que acarician los ríos?

Tu corazón en gotas hoy liban las abejas
y en el poco de polvo que toca mi ventana
sentí ayer la luz de tu seno hechizado
y la hermosa blancura de tu mano que aún teje
sobre una tela frágil el beso de una boca.

MUERTOS DE ESPAÑA

A Dámaso Alonso

ESPAÑA, un día, un día levantaré tus muertos;
levantaré en Castilla corazones del polvo
y en una fuente clara estarán tus jilgueros
cantando su canción a los cielos que adoro.

Cuando atardece, España, tus muertos son sencillos.
En la nieve profunda o en el viento inocente
hoy brillan sus cabezas sobre los blancos lirios:
son tus muertos tan claros como tu dulce nieve.

España, en mi sonrisa se levanta un deseo
de besarte los labios... Mi corazón humilde,
como la primavera, te escribirá estos versos
en los lomos del viento para que no se olviden.

Y en paz dejo mi historia sobre tu tierra terca:
yo nací, yo viví; besé unos labios rojos
entre los olmos altos donde era luz tu pena.
España, están tus muertos donde ya vivo solo.

E L E G I A

A Eduardo Cote Lamus

ALGUNAS noches los muertos encienden estrellas;
con sus manos el tiempo
hace locas señales en la flor o en la espiga
o en el aire que baja del cielo
como un dulce caballo que trota imposible llanura
donde van vagos, lúcidos muertos.
En el alma del mundo la tarde los mira.
Con miradas tan dulces, tremendas, en lo yerto
los lánguidos muertos levantan sus blancas cabezas
y hay un aire que busca en los frutos lo eterno.
Lo eterno en tus ojos, Pilar, y en tus manos
y en la pálida niebla del cuerpo
que en el mar o en los días
llenó con su sombra el sendero.
He besado una boca que trajo las brasas del día
y voló mi alegría constante en el viento.
Mi alegría que es hierba dormida en el agua,
o en la flor, o en el paso del tiempo.

He bebido en la copa del mundo cenizas,
cenizas de un beso.
Una abeja voló por mi frente, voló por mi alma
y dejóme soñando en lo lejos
que estaba mi alma en la flor de la tierra.
Dame un beso, estrella, pradera;
dame un beso que ponga del mundo lo nuevo
en el sol de mi carne.
Tú vagas sonámbula, tú vagas como agua que es hielo
en la copa que bebo abrasado.
Tú vas por el mundo dejando tu boca encendida,
y yo, sin saberlo,
me voy por la tierra agotando,
me voy por el mundo sin verlo.
Tú vas como el gamo o la brisa entre yerbas azules;
yo estoy en la cuna dormida del sueño.
No vuela la abeja en mi alma, no vuela en mi boca:
en el aire se escucha la paz de los muertos.

EL TIEMPO ES NADA

MIRO... Ilusión de esa rama
—al viento— leve, ejemplar.
Forman la ronda soñada
cuerpos que nacen del mar.

No es nada el tiempo, la rosa,
o el verso tierno al pasar.
Rondemos la hoja, o el fuego
que arde por vernos llegar.

El vino es día y es baile,
júbilo hasta despertar.
¡Vendrá la nada! Bebamos
el vino joven del mar.

¡Barqueros, remeros: cantos
en vuelo el sol sabe dar!
Veo una boca de fuego
por viento y nieve vagar.

Niñez de rama y de cielo:
sabemos ya regresar.
El tiempo es nada: ¡es la muerte
ganada junto a la mar!

E L L L A N T O

ESTA tierra la llevo en el pecho
con los muertos que han de subir;
fue fragante la rosa en el lecho
de este aire que es blando al fluir.

El milagro de locos panales
en la tarde la abeja dejó.
Tú, María, brotada en rosales,
de tus ojos dolor nos cayó.

Esta sangre es la sangre que tengo
para hacer de mi hijo una flor;
y del trueno y del rayo yo vengo
como viene un feroz labrador

de su tierra de panes dorados
por el fuego que sabe del beso,
por los labios que llevan nublados
al altar de la boca que beso

con arrullo de blancas palomas,
con espigas de rubio dolor.
Es hechizo esa fuente en las lomas
y en las tardes calma mi sudor.

Alegría del viento en tu boca:
ya no sabes amar esta fuente
que es un mundo que brota en la roca
con un alma que vaga doliente.

De la tierra me llega un sonido
de los muertos que van a subir
y mi alma con lento latido
oye el llanto que va al porvenir.

L A R U T A

YO llenaré la copa de tu pecho dormido
con las flores que el hijo trajo para quererte;
será licor mi boca más dulce que la muerte
al rodar por tu cuerpo como quien va al olvido.

Recordarás un día mis pesares extraños
con tristeza en los ojos y ensueños de tu boca
y no hallarás mi tumba sobre la mar que loca
golpea con su nieve el paso de los años.

Extraño fue tu cuerpo junto al mío que ardía
con furor de volcanes y lluvias contenidas;
el fulgor de esa tarde quemaba nuestras vidas:
de sol carnal tú fuiste al crearme en el día.

En el fondo del mar donde van los perdidos
yo tomaré tu cuerpo como de mi naufragio,
y serán ya los días de tan grato presagio
al quedarse mis lágrimas como niños dormidos.

Renacerán mis besos en la joven colmena
de tu cuerpo en reposo como la miel naciente;
con mis huesos callados, como una rota fuente,
haré crujir tus noches de envidias y azucena.

El hijo que he dejado sobre tu breve arcilla
nos salvará dichoso del olvido importuno.
El hijo tan querido será viento montuno
que cubrirá de flores nuestra vida sencilla.

Yo besaré tu boca; tendrás fulgor de fruta;
nos llamará la muerte como suave marea;
yo acunaré a mi hijo para que no nos vea
tomar el trago largo de la silente ruta...

NIEVE JUNTO A LA VIDA

A Jorge Guillén

TU muriendo . . ., ¿y tu morir qué importa
si enciende nueva vida?
Señor, déjame muerto en este valle.
Yo vivo en la colina

donde lleva el amor sus alabanzas.
Cae la nieve, el alma
hoy se enciende por un beso inmortal
que desde el tiempo llega.

Yo he de morir cuando el verano queme
un poco de la flor
y la tristeza caiga sobre el alma
como crece la nieve.

Tú muriendo en el sol y en la colina
los pájaros cantando.
Dame, Señor, la gloria de los campos,
ya es jugosa la noche.

Dame, Señor, la lágrima del verso,
estás junto a mi tumba.
Ya no canta el amor por la colina,
ya la noche amenaza.

Si pongo el corazón en esta tarde,
¿qué pájaros vendrán?
Señor, ¿cae la nieve en vuestro campo
solitario del cielo? . . .

Nos crece el corazón para la muerte
y sigue azul el viento.
Tú estabas por los prados de la vida;
tu corazón cantaba

una canción de vida para el cielo.
Yo estaba recogiendo
mi corazón callado de la nieve.
La tarde se moría

y en los campos azules las ovejas
balaban su ilusión.
Hería el sol pedazos de tu gloria,
Señor, en la colina.

OTRO AMANECER

DIOS mío, ha amanecido;
el sol lanza su gracia sobre tu vastedad.
Mi corazón sangrante se mete en el olvido
donde reinas, Señor, contra tu voluntad.

Mi casa hoy amanece
con madera olorosa y resonantes besos.
Mi casa es un altar donde tu fuego crece.
Hoy clavan rojos clavos sobre mis rojos besos.

Señor, ya va mi carne
dolorida y extraña como vacía copa;
mi carne va en la tumba de mi callada ropa.
Dios mío, ya no azotes con palabras mi carne.

Yo amé una boca clara
como el sol que ilumina este dolor del hombre.
De paseo mis besos buscaban ya tu cara:
sabían que en tu boca vive la hiel del hombre.

Dios mío, ha amanecido;
estoy en soledad, mi carne es una brasa
de fuego, sal y besos que parte hacia tu olvido.
Tu corazón, Dios mío, ¿habitará mi casa?...

DIOS Y MI CORAZON

YO viviré, Dios mío, entre tus manos.
Inmenso el vino de la vid delira
entre mi carne humana; muda lira
mi corazón se asoma a tus veranos.

Yo viviré, Dios mío, por los llanos
de tu bondad. Mi corazón suspira
por las cumbres sagradas, donde mira
hoy mi dolor la herida de tus manos.

Yo llegaré, Señor, hasta la encina
que recuesta su amor junto a la loma,
hasta la sed sangrante de la tierra.

Tu nombre —¡qué es inmenso!— ya ilumina
la nostalgia del alma. Ya te aroma
mi corazón que en tu bondad se entierra.

ALGUNOS JUICIOS SOBRE EL AUTOR *

* Rogamos a los escritores y altísimos poetas cuyos juicios no aparecen a continuación, no tomarlo a desvío y falta de aprecio del autor. La razón que impuso la ausencia de, por lo menos, cien bellas críticas a mi labor poética, no ha sido la calidad o la falta de importancia valorativa, sino el eterno problema de espacio. ¡Ay, la terrible falta de espacio en que siempre nos movemos los poetas!

El estudioso y apasionado Fernández Spencer, que ha venido llegándome a través de casi todas las revistas poéticas españolas, es un claro y directo poeta, de fácil verbo gentil, personal y rigurosamente oidor de sus propios anuncios sonoros.

Existe en Fernández Spencer una ternura llena de sandorosas derivaciones, una agradable y sincera sencillez, que confiere a su poesía una peculiaridad harto luminosa y poblada de hallazgos. No cabe duda que su voz toma forma después de haber sido analizada en sus más triviales signos constructivos, después de haber sido perfilados sus horizontes con una sapiente contención. Y de aquí que su palabra ofrezca una grave característica de sosiego y ecuanimidad. Yo me atreviera a decir que no sobra nada, ni tampoco falta nada, en cada poema de este dominicano.

⁂

La sobria, la severa y exacta adjetivación de Fernández Spencer es el lógico producto de su manera de traducir el contenido de la vida. Los nombres propios —de los que está tan llena toda la poesía hispanoamericana— pasan por la obra de este poeta con un impreciso y estremecido respirar de amigos nuestros, de sombras nuestras, que están en la memoria como un tamiz de hermosuras imperdibles. Parece, ciertamente, que ya uno ha vivido cuanto lee en esta poesía.

JOSE MANUEL CABALLERO BONALD

("Diez poetas hispanoamericanos en Madrid", en *Correo Literario*, año III, núm. 55, Madrid, 1 de septiembre de 1952.)

En 1951 tuve la suerte de conocerlo en Salamanca, en cuya Universidad se diplomó en Filología Hispánica. Hoy, en estas líneas, no puedo por menos de recordar aquellos magníficos atardeceres en que, a orillas del Tormes, recostados a veces en el puente romano donde Lazarillo recibió su primera experiencia ante el destino, o contemplando los oros viejos que el tiempo bordó en las piedras milenarias de Salamanca, Fernández Spencer, en una amistad imborrable, me iba trasmitiendo sus experiencias, sus anhelos, sus nostalgias, o el hallazgo limpísimo de un verso de Fray Luis o de Góngora. Fernández Spencer ya era, entonces, el poeta de hoy, el poeta para el que la luz del día no guardaba secretos y que contaba a su mamá, al amanecer, aquellas sus "cositas" sobre la vida y la muerte que todos los días le penetraba la conciencia. Fernández Spencer ya era entonces, pues, el poeta que a poco triunfaría disputando a los propios españoles el codiciado premio de poesía "Adonais", con su precioso libro Bajo la luz del día, *algunos de cuyos poemas tuve la alegría de ir dando a la luz por vez primera en Intus, revista que él más que nadie me ayudó a hacer,*

hasta situarla, con su impulso, entre las primeras publicaciones de su género en España e Hispanoamérica. Sí, Fernández Spencer es hoy, merced, sin duda alguna, a una depuradísima labor de selección y de síntesis que se impuso en España al contacto con nuestros clásicos y con nuestros maestros de crítica, una figura preclara en el ámbito de la poesía Hispanoamericana actual.

⁂

Si a todo esto unimos la virtuosa preocupación estilística del poeta, sus logradísimas metáforas y sugestivas imágenes, sus preciosos desplazamientos calificativos, sus visiones y sinestesias, en fin, toda la amalgama de procedimientos estilísticos que fue aprendiendo y asimilando a su peculiar idiosincracia poética en Madrid y Salamanca, junto a Vicente Aleixandre y a Dámaso Alonso, a Buosoño y a Lázaro Carreter, veremos cómo nada de cuanto llevamos dicho y pudiéramos decir sería en vano.

⁂

Uno de los atractivos más firme de la poesía de Fernández Spencer es la aparente simplicidad con que logra presentarnos su intuición poética, y la expresión que logra cuajar en forma, que nos sorprende bajo un molde metafórico, o bajo una imagen que queriendo ser prosaica, por trasmitir con más fuerza la realidad, por ese no sé qué que transforma la realidad en poesía, llega a la sublimidad de una auténtica vibración poética. Gerardo Diego trata de apuntar el aspecto documental que una crítica poco avanzada podría encontrar en la poesía de Fernández Spencer. Mas nosotros pensamos que el mérito mayor de la poesía consiste en hacer vibrar esa cuotidianidad documental en versos que se transforman en auténtica poesía en todo instante.

⁂

Si Fernández Spencer no gozase de una lúcida cultura y de una autocrítica serena y sería, precisamente los elementos que faltaron a nuestros poetas románticos del siglo XIX y lo que les hizo huecos y retóricos, posiblemente tardara en acertar. Pero las enormes exigencias críticas a las que se somete, si bien su vena poética es fluída y espontánea, nos le presentan hoy en el escenario lírico de nuestra lengua como una de las figuras más cimeras y prometedoras, y entre los dominicanos como la cumbre de su lírica moderna, al lado de Manuel del Cabral.

JULIO GARCIA MOREJON

(En la revista *Intus*, Nº 72, São Paulo, Brasil, septiembre-octubre, 1955.)

Hay algo en esta poesía que recuerda fragmentos de Vallejo, construidos sobre pareja ternura con estratégicos diminutivos y luminosas palabras inventadas. Porque Vallejo es, en parte, una de las resonancias que más claramente se advierten en este libro, sin que ello reste, claro está, ni un ápice de originalidad a Fernández Spencer. Sus medios expresivos son suyos, ya inconfundiblemente suyos. El lenguaje vibra y canta cuando él quiere, y cuando él quiere se apesadumbra y se oscurece, refleja súbitas ternuras o la dramática confusión de vida y muerte que, como un largo temblor, hilvana temáticamente Bajo la luz del día. *Esto conviene señalarlo ahora: su dominio expresivo. Nada se ha improvisado; esta madurez de la palabra poética es cosa esforzadamente lograda.*

(En la revista *Indice*, año 7, núm. 58, Madrid, 15 de diciembre de 1953.)

JOSE ANGEL VALENTE

La poesía de Fernández Spencer es también, ya se indica, cotidiana. Cuenta cosas, sus cosas, de hombre vivo. Y también, inevitablemente, está la muerte, los muertos, las personas muertas que ahí están todavía, con su recuerdo amplio condicionando nuestro existir. Si vivimos, lo hacemos también con los que ya no están: su paso ha terminado, pero vuelven a la memoria y en su temblor están viviendo con nosotros. Antonio Fernández Spencer cuenta su existir con tono cotidiano, dice que la nieve no suele caer en primavera, certifica que hay poemas sin ningún ruiseñor precisamente porque hay otros repletos de ruiseñores y sabe muy bien que por medio de todo esto, entre sus personas queridas, su conversación, su política, en medio, anda también la muerte. Una muerte de hoy que se ve muchas veces por la Gran Vía y que se mete en "California" y toma helado.

⁂

Pues bien, este hombre cordial, este poeta cordial que es Antonio Fernández Spencer, que es, además, el primer poeta que escribió versos en estas páginas de CORREO LITERARIO, acaba de ganar el Premio "Adonais", el mejor premio poético de España, con su libro Bajo la luz del día. *Y esta es la noticia reciente de Spencer, que se nos va —para volver, irremediablemente— un día de éstos. Se va a Santo Domingo, a su otra tierra. Mas volverá, seguro, con su presencia reconfortable y cordial, su calva amiga, su voz amplia que convoca a la amistad. Le esperamos para que nos diga sus versos anchos, generosos y buenos. Buenos en el sentido literario de la palabra, pero buenos —y esto importa, importa más que nada— en el sentido bueno*

de la palabra, en el buen sentido de la palabra bueno como en el verso de Antonio Machado.

(Del *Correo Literario*, año III, núm. 62, Madrid, 15 de diciembre de 1952.)

Y, en fin, Antonio Fernández Spencer, el más joven de todos (nació en 1922) y el más conocido de los lectores españoles por su libro Bajo la luz del día, *que obtuvo el premio "Adonais" de 1952. Libro de entrañable y jugosa humanidad, de fresca savia encendida, y en el que el entronque con la poesía española contemporánea enriquece la calidad natural de su inspiración auténtica. Sobre él han dicho los críticos españoles palabras de alto elogio y de glosa entusiasta. La juventud de este poeta, su pasión de americano unida a un severo control de su oficio, como intelectual profundamente cultivado, hacen que podamos esperar de él una gran obra, y que llegue a ser el gran poeta que necesita su país.*

JOSE LUIS CANO

(Comentario a la antología *Nueva poesía dominicana*, aparecido en *Correo Literario*, núm. 80, 15 de septiembre de 1953.)

Es tanto más elocuente esta lección de modernidad cuanto que Fernández Spencer ha orientado su cultura y sus estudios hacia el mundo ambiguo de la filología y la historia literaria. En apariencia es tradicionalista, y con el mismo fervor conoce los maestros de los siglos de oro que los recientes maestros de anteayer. Con idéntica intolerancia profesa culto a Darío y a Machado que a Garcilaso y a San Juan de la Cruz, y ninguna Academia defiende con más celo "nuestro patrimonio poético" que él.

*
**

Todo el amor que se le proyecta a Fernández Spencer hacia lo mundano, y por eso su aproximación poética a las cosas que nos circundan es familiar y confiada. César Vallejo, permanente enamorado, hallábase, no obstante, sobrecogido y sin sosiego entre las cosas: "las cuatro paredes ablicantes", "los cuchillos de esta mesa", sus "órganos de llanto", sus propios húmeros, su misma corporeidad, se le hacían inconsistentes y extraños. Lo poseía un demonio metafísico, y anduvo por la tierra atormentado, "llorando el ser que tengo", buscando, como un antiguo griego, certezas ontológicas. Fernández Spencer que conoce y admira a Vallejo (cfr. en el número 14 de esta revista su magnífico ensayo César Vallejo o la poesía de las cosas*), ha conseguido, en cambio, una mágica convivencia con las cosas de su circunstancia, merced*

quién sabe si a su formación filosófica realista, a su religiosidad o al inescrutable misterio de la vocación personal. En un mismo amor se le funden la mujer y los objetos de su paisaje: "Yo te llamo con un nombre de lluvia,/ yo te digo adorado pozo de agua callada y mansa,/ yo te digo laguna de mis penas..." (Voy a escribir mis penas.) *Y lo repite en dos de los versos más hermosos del libro: "Igual mordedura doy a la rosa/ y a la manzana y a tu boca."* (Amando bajo la muerte.) *Y sigue así, animando de la misma vida a una planchadora, al botón de su camisa, a Isolda que él mismo no sabe si fue soñada o conocida, a la tumba de Pedro, al hijo y a Pilar: el objeto humildísimo y la criatura amada caben juntos bajo ese total impulso erótico, cuyo júbilo la muerte misma no puede interrumpir.*

HERNANDO VALENCIA GOELKEL

(En *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 37, Madrid, enero de 1953.)

"Por estas razones, demasiado tristes, como veréis a través de su colorete de ironía, yo no sé el número que ocupa Fernández Spencer en el escalafón del Parnaso actual en lengua castellana, porque los puestos, fuera de la propaganda que se hacen los que tienen la guitarra en la mano ocasionalmente, confundiendo presente con eternidad, los confiere la sensibilidad de cada tiempo. Por eso, la poesía más perdurable es la que coincide —sombra del cuerpo— con la sensibilidad más permanente, la que nace de los temas eternos tratados con autenticidad universal, calando en los tontanares de lo humano, que es donde coincidimos, y donde

allegados son iguales
los que viven por sus manos
que los ricos.

Lo que sí sé es que Spencer es un poeta. ¿El mejor? Pedantes tiene la crítica; que contesten ellos. Pero sobre todo, y haciendo caso de vuestro propio corazón, leed su bellísimo libro Bajo la luz del día, *Premio Adonais 1952, título humilde y abarcador. Porque así, bajo la luz del día, sepultados en luz, estamos los hombres, nos encontramos un día con el hombre que podemos ser si nos encontramos y nos dejan las circunstancias, lo que nos rodea. Antonio está con su corazón niño de poeta bajo la luz del día, luz cambiante, no monótona. A veces llueve, a veces nieva, a veces el aire abrasa, hiela o acaricia. Y la ternura profunda de Fernández Spencer, poeta irremediable, de nación, como dicen en Castilla de las cualidades congénitas y aun de las enfermedades incurables, va reaccionado en esos poemas de sentir y ver, de andar entre las gentes yendo solo, de nostalgia de América y de la madre y la pasión amorosa por Castilla y sus muertos, por los hombres de España: Miguel, Antonio, el otro Miguel, el que nos duele to-*

davía y siempre en el lanzazo del costado... Pero esto es para pensarlo, para sentirlo en la sangre y el llanto.

Antonio Fernández Spencer llegó a nosotros con las cartas credenciales de sus versos, cartas perfectamente en regla. Mas antes de venir, ya se veía la bandera blanca de su sonrisa con calidad de fruto tropical, y la inteligencia de su mirada, con relámpago de piedra preciosa, y la reverencia de su cortesía, con ademán señor y virreinal. Pidió, como un juglar que llega, la venia para cantar, y entre todos nosotros, en hermandad e igualdad, unió su voz al coro glorioso de la poesía hispanoamericana."

RAMON DE GARCIASOL

(En *La Tertulia*, núm. 3, Madrid, abril-junio, 1953.)

Hasta qué punto puede la poesía confundirse con el habla espontánea, prosaica, familiar, arrítmica, y las ventajas e inconvenientes que se derivan de una fe en la eficacia comunicativa de la confidencia amistosa o el desahogo bien o mal intencionado, es cuestión muy delicada y que se está apostando y fallando a cada paso en los ensayos poéticos de nuestra juventud. No sería Fernández Spencer de su tiempo si permaneciese ajeno a esa corriente; pero lo que sí podemos advertir en sus poemas es la asistencia casi infalible de un buen gusto nativo, con su suave matiz antillano, bien dosificado por obra de la educación española.

⁂

"...el sector que pudiéramos llamar documental de su poesía es muy auténtico y nos gana, y muchas veces nos emociona profundamente por el acierto en la selección disimulada de los datos y por la felicidad del ritmo abierto y abandonado, secreto, pero evidente.

GERARDO DIEGO

(En *Correo Literario*, 1º de marzo de 1953.)

"Pero esta cuestión de fuentes a que toda obra literaria o artística da lugar no importa tanto, ni mucho menos, como el acento personal conque el autor se expresa: en este caso, Antonio Fernández Spencer, inequívocamente definido por su espontaneidad, por su sencillez, por su impulso natural que hace del habla cotidiana un lenguaje saturado de poesía. Poesía difícil de conseguir, dado el arrastre de elementos prosáicos que el verso de Fernández Spencer, atento a la vida real y en cierto modo vulgar, lleva a veces consigo. Pero ¿cómo conce-

bir la Poesía si no transfigura todas las cosas?... El elemento de que no puede por menos de servirse la Poesía para tales transfiguraciones es la palabra misma, poética si el que hace uso de ella acierta a infundirle vida nueva, como recién inventado o punto menos.

⁂

"Qué hermoso era ver que las palabras tenían vida", nos dice Fernández Spencer en uno de sus poemas más logrados: Bajo los árboles. *Es ahí donde también nos comunica su alegría, su jubiloso asombro, su guilleniano pasmo, ante la bella y resplandeciente Naturaleza: primaveras que hablan del amor, ruiseñores que cantan, arboledas propicias a la confidencia de la amistad... Pero no tomemos al pie de la letra su definición de la Poesía: "contar lo que en la vida sucede". Sabe que no es así el propio Fernández Spencer, lírico en su esencia, que si cuenta algo es lo más entrañable: lo que le sucede a él, y, por supuesto, en poética transfiguración: "Voy a escribir mis penas sobre tus lágrimas que pasan".*

MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO

(En el diario *A B C*, Madrid, 12 de abril de 1953.)

Este año el Adonais *fue atribuido, por vez primera, a un poeta hispanoamericano, el dominicano Antonio Fernández Spencer, por su libro* Bajo la luz del día. *Conozco varios de los poemas reunidos en ese volumen y puedo asegurar que su autor es poeta verdadero, de voz entrañable y viril, concentrado y denso, que hace su poesía, como los grandes líricos, con experiencias tanto como con sentimientos. Experiencias vividas al nivel del corazón, que en el poema logran sustantividad y se convierten en algo valioso por sí mismo, en poesía.*

Fernández Spencer es joven y muy inteligente. Durante el Congreso celebrado en Segovia el año último, compartí con él una habitación en el Hotel Las Sirenas (estupendo nombre para un albergue de poetas) y nuestro diálogo se prolongó muchas horas, con detrimento de los trabajos en curso. Vivo de imaginación, sereno y clarividente, su capacidad crítica —y autocrítica— me pareció justo contrapeso de la pasión creadora que le domina.

RICARDO GULLON

("Carta de España", en *Asomante*, San Juan, Puerto Rico, núm. 1, enero-marzo, 1953.)

Es uno de los poetas hispanoamericanos de más valía. Su libro Bajo la luz del día *obtuvo el Premio "Adonais" de Poesía en 1952. Su*

voz lírica es de una gran delicadeza y emoción. Hay ternura, suavidad y profundidad. Voz sostenida por un poderoso hilo interior y apenas insinuada. Gran promesa de las letras americanas para lo futuro y madura voz personal por el momento presente. Antonio Fernández Spencer ha vivido en España, a la que ama con hondo cariño.

JUAN RUIZ PEÑA

(En *Antología española*, tomo III, Burgos, 1953.)

La segunda sesión de la Tertulia estuvo a cargo del poeta español Rafael Morales. El autor de los Poemas del toro, *que cuenta indiscutiblemente, como una de las obras capitales de la poesía española de la postguerra, leyó poemas de su libro inédito,* Canción sobre el asfalto, *en el que insiste en su temática preocupada, desbordante, de una secreta ternura por las cosas. Hizo la presentación Antonio Fernández Spencer, el poeta dominicano que acaba de obtener el Premio Adonais 1952 y que preside las tareas de la Tertulia. Spencer puede seguir alentando, desde este puesto, los esfuerzos de la poesía joven (española), como lo había hecho en su lejano Santo Domingo rigiendo los destinos de revistas tan significativas como* La Poesía Sorprendida y Entre las Soledades.

F. (JAIME FERRAN.)

("Tertulia Literaria Hispanoamericana", en *Alcalá*, revista universitaria española, núm. 26, 10 de febrero de 1953.)

El éxito indiscutible de nuestras reuniones literarias, se debe, en gran parte, al entusiasmo y a la tenacidad del poeta Antonio Fernández Spencer. La Tertulia será para él uno de sus mejores recuerdos españoles. Nunca podrá olvidar Spencer, allá en su República de Santo Domingo, estas tardes madrileñas llenas de versos, vinos, proyectos y realidades. En los salones de la Asociación Cultural Iberoamericana intimó Antonio con los poetas españoles de su generación. Ya no estará él entre nosotros cuando se inicie el próximo curso de la Tertulia Literaria Hispanoamericana, pero siempre mantendremos vivos su recuerdo los que tuvimos el privilegio de su amistad.

RAFAEL MONTESINOS

("La Tertulia Literaria Hispanoamericana en Madrid", en *Correo Literario*, año IV, núm. 75, Madrid, 1º de julio de 1953.)

De todos modos, es un hecho bien conocido que la Muerte es la gran "estrella" de la poesía moderna, muy especialmente en la poesía joven y a veces de un modo tan trágico y auténtico como el de José

Luis Hidalgo. Por eso, al chocar con un nuevo poeta —nuevo para mí, por lo menos— llamado Antonio Fernández Spencer y ganador del premio Adonais 1952, me he dicho: por aquí debe de andar la Muerte. Y allí estaba, efectivamente, pero, con gran sorpresa mía, era una Muerte dinámica, en contacto con el mundo entero y que entra y sale por los sitios más concurridos. Este hombre, pensé, no pretende hacernos creer que él es el único que la conoce; la ve desde fuera y no se hace el héroe lírico. Buen camino éste que no conduce a la hipertrofia del egocentrismo. Es, la de Fernández Spencer, una poesía lúcida cuando habla de ese tema capital en la poesía moderna.

⁂

Pero el poeta es optimista, porque ama a alguien y va a tener un hijo. Y luego en Los muertos son recuerdos *y en otro poema titulado* Los muertos, *vemos que Fernández Spencer se sitúa de un modo objetivo —en lo que esto pueda ser compatible con el lirismo, aunque parezca violenta contradicción— ante el terrible tema. Por muy moderno y a lo Eliot que sea su idioma poético, su actitud es en esto clásica. A su manera personalísima, canta la muerte de los demás, de la Humanidad. Incluso cuando anticipa su propia muerte, hay siempre pájaros, sol, nueva vida, juventud.*

⁂

He visto que se le ha reprochado al autor de Bajo la luz del día *el empleo de "mamá" por madre. Pero es que el poeta se siente niño y no se está inventando un tema poético. Es sincero, sencillamente. No le vamos a echar en cara que no se haya molestado en buscarle un sustitutivo metafórico a un grito del alma. Porque hermetismo no falta, por cierto en algunos versos de* Bajo la luz del día. *Sirvan de contrapeso a esa naturalidad. Sin embargo, estoy convencido que en Fernández Spencer el retorcimiento es siempre falso, postizo. De él queda lo cordial, su amor a la luz y a todo lo que se mueve en la Tierra. Y cuando canta a Castilla, nos alegra comprobar que la ha comprendido.*

RAFAEL VAZQUEZ ZAMORA

(En la revista *Destino*, Barcelona, 25 de abril de 1953.)

La poesía de Antonio Fernández Spencer arranca de donde terminan las de los otros poetas americanos (Spencer es dominicano) Neruda y Vallejo. Arranca de allí, pero pronto adquiere singularidad, y su voz suena rotundamente personal.

De Neruda toma Spencer la extensión de los elementos poéticos, aquella extensión infinita que adquieren los cantos del chileno y su

BIBLIOTECA NACIONAL - D. N. - SANTO DOMINGO

suntuosa plasticidad. De Vallejo le viene algo que pudiera ser opuesto a la "extensión": lo recortado y concentrado de una voz que aspira a expresar el "secreto seco" de las cosas, su esquema más escurrido. Estas dos corrientes aparentemente antagónicas se unifican en la poesía de Spencer para llegar a una calidad transparente y estremecida, poderosa y plástica que culmina, para nuestro gusto, en el bellísimo poema dedicado a Antonio Machado.

Spencer se sitúa ante el mundo apasionadamente. Para él, los hombres, los minerales, los vegetales, las aves y las fieras forman un todo estallante y vital. Incluso el dolor puede servir para contrastar la belleza de una fruta o del mar. El poeta se siente parte de ese planeta poderoso, integrada en la obra total de Dios.

PABLO CORBALAN

(En el diario *Informaciones*, Madrid, 12 de marzo de 1953.)

***

Es bello y significativo que el Instituto de Cultura Hispánica haya reunido en un volumen Cinco poetas hispanoamericanos en España. *Es bello, por la hermosura que traen en sus versos; significativo por la raíz que ya tienen entre nosotros.*

Estos cinco poetas son: Antonio Fernández Spencer, de la República Dominicana; Ernesto Mejía Sánchez, de Nicaragua; Alonso Laredo, de Chile; Miguel Arteche, de Chile; Eduardo Cote, de Colombia. Merecerían un largo comentario, que no es para aquí. Un comentario de la cristalina delicadeza de Ernesto, de la anchura de voz de Alonso, del ardor patético de Miguel, de la ambiciosa lírica de Eduardo.

Una Voz que Asciende

Cabría destacar de entre esas voces una. La de Antonio Fernández Spencer, por su veteranía entre nosotros y por el premio Adonais, que corona su gran esfuerzo de poesía y verdad.

Bajo la luz del día, *libro laureado, es de una gran belleza. Profundamente lírico, es decir, sincero, se nos entraña por la delgada voz con que el poeta se nos trasmite. El poeta, pequeño ante el mundo; el poeta-niño, ante las cosas, ante la madre, ante la mujer, ante Dios. Cantando de asombro y de ternura. Emocionando con su emoción, cumpliendo así la primera condición de la poesía, ese milagro comunicable.*

El poeta, una vez dicha su emoción personal, su cristalino pasmo ante el mundo, navega arriba y abajo, al Norte y al Sur, en busca de la dramaturgia exterior de los seres y de las cosas: la muerte y la guerra, el soldado y el amigo muerto, las tragedias íntimas y grotescas.

Después, ¿qué le queda al poeta? Le queda una presencia angustiada, creciente, consoladora, entrañable y magnífica de Dios.

GUILLERMO DIAZ PLAJA

("Voces de América y España", en la revista *Foco*, Madrid y Barcelona, Año II, núm. 52, 4 de abril de 1953.)

La poesía de Fernández Spencer es una gran inocencia blanca. Blancura de nieve, de pan, de frutas claras, de viento claro, de claras bocas. Esa luminosidad, esta claridad de sol, esta tibieza de beso, impiden que la melancolía, el dolor, la presencia de los muertos pertinaces a lo largo del libro, sean desgarradas y sin esperanza.

⁂

El candor —última raíz de lo poético— resplandece hasta en los poemas de temática más dura... Todo esto, dicho con palabras familiares, en un lenguaje hogareño, modificado, pulido por la magia verbal y la pirueta graciosa de la imagen. Tales cosas —niñería, mimo—, de momento, nos sorprende. La llevamos dentro del alma, callado río de ternura que empapa sus cimientos. Pero es necesario poseer una gran transparencia de espíritu, un dulce valor apasionado para convertir en carne y vuelo de poesía el oculto balbuceo del humano corazón del hombre.

⁂

Prefiero, están más cerca de mi sensibilidad, aquellas composiciones —perfección, sencillez— comprendidas entre Por penas de Castilla, *y* Es triste el mundo; *o* Muertos de España, El tiempo es nada, *y* Nieve junto a la vida.

⁂

Bajo la luz del día *está traspasado del inconfundible temblor de la poesía verdadera.*

MARIA ANTONIA SANZ CUADRADO

(En la revista *Caracola*, notas al número ocho, Málaga, junio, 1953.)

Al aceptar la muerte se libera de ella, la deja pasar como algo que es suyo y cotidiano, y, al mismo tiempo, de todos los hombres. Así, al dejar de vivir el dolor de su muerte personal para convivir el dolor de su muerte común, de un hombre más entre los hombres que murieron, que están muriendo o han de morir, Fernández Spencer

conquista la altura de una gran resignación espiritual y de una gran universalidad poética; al desprenderse de todo lo suyo y volcarlo en esta comunión terrena de los hombres que sufren y esperan, el poeta nos revela en su voz —la suya— la hondura humana y la altura expresiva de todas las voces en que se perdió. En esta poesía —más intensamente religiosa de lo que puede parecer a primera vista— las máximas conquistas se consiguen a través de las máximas renuncias.

⁂

Fernández Spencer elige con sabiduría poética los aspectos más bellamente significativos de la vida cotidiana, y llena de sugestión lírica las cosas más familiares, más mínimas, más humildes y sencillas.

GUILLERMO SERVANDO PEREZ

(De la revista *Diálogo*, Granada, España, 1953.)

Es un espléndido libro éste de Antonio Fernández Spencer. Quiero empezar con la afirmación, que surge espontánea una vez terminada la lectura de los poemas integrantes de Bajo la luz del día. *Por primera vez obtiene un poeta hispanoamericano el premio "Adonais", y cualquiera que repase estas páginas verá cuán justamente.*

La poesía de Spencer es una poesía sustanciada, viva, nutrida por una savia emocional que conmueve el poema con una autenticidad que la hace trasmisible, dirigida certeramente a la sensibilidad del lector. No se leen ninguna de estas composiciones friamente, indiferentemente, porque a las primeras de cambio sentimos al hombre vivo cantando y contando aconteceres y experiencias. Esta sensación y esta eficacia se deben, acaso, a la naturalidad. *Esta poesía es* natural. *Hay un verso de Spencer que dice: "Si ya no han crecido las golondrinas en el viento". La impresión que da ese verso es de un irrumpir sencillo y a la vez prodigioso; de un haber sido puestas en el viento por una mano generosa, es la que nos da la poesía toda de Spencer, como crecida con la más sencilla naturalidad, milagrosa de puro sencilla y fluyente.*

⁂

El poeta tiene de la vida un sentido no exento de gozo, de exaltación luminosa. Esto se ve en muchos puntos del libro. Y, no obstante, se habla de la muerte y con frecuencia el decir está teñido de pena, de acentos dolorosos. No hay contradicción ni paradoja. El poeta canta el gozo total del vivir, acepta la vida, pero íntegramente, totalmente.

La vida, como una fruta con su muerte tras la sabrosa pulpa, como fin natural y necesario.

LEOPOLDO DE LUIS

(En la revista *Insula*, año VIII, núm. 87, 15 de marzo de 1953.)

Pocos libros ofrecen la unidad poética de Bajo la luz del día. *Hay en él una estructura, un tono lírico, una emoción que se mantiene y crece a través de todo el libro. Si no fuese ofensa para la poesía llegaría a hablar de una trama argumental.*

La poesía de Fernández Spencer ha olvidado las acrobacias y oscuridades de esos últimos movimientos preocupados por un ismo, *para volver a las fuentes mismas de la poesía de siempre, y logra así una visión nueva, honda y cósmica del mundo.*

OSCAR ERNESTO TACCA
(Escritor argentino.)

Esa sencillez hermosa en la expresión poética, sin más recursos artísticos que la naturalidad expresiva, da, con frecuencia, a la poesía de Fernández Spencer esa belleza que, a fuerza de puro sentimiento, alcanzan los más desnudos versos machadianos, de los que quizá haya aprendido mucho nuestro joven poeta; pero sin dejarse arrastrar por la influencia del genial cantor de Castilla.

En fin, estamos ante un primer libro, cuyo título, Bajo la luz del día, *no olvidarán los amantes de los buenos versos, libro que nos anuncia ya a un gran poeta de América.*

RAFAEL MORALES

(En la revista *Poesía Española*, núm. 12, Madrid, año 1953.)

El último poeta incluido es el mismo Fernández Spencer. De él, de su obra, se han publicado multitud de ensayos en revistas literarias. No podemos nosotros insistir ahora, pero, sin duda alguna, la de Spencer es una de las voces poéticas más propias y más universales que nos han llegado últimamente de la América española. Seguro en la concepción formal llega en su intuición a senderos insospechados de claridad y belleza. Cuenta lo que en la vida pasa y lo hace de un modo suave, pero hondo, cálido, sorprendido.

JULIO MANEGAT

(Comentario a *Nueva poesía dominicana*, en el *Noticiario Universal*, Barcelona, 3 de noviembre de 1953.)

Atado a la vida terrenal está este poeta, tan apegado a esta vida que cada instante se quiebra entre sus manos, que llegamos a juzgarlo incapaz de subir a la cima de lo eterno. Pero, inesperadamente, he aquí que nos sorprende palpando a Dios en la intimidad más entrañable de su ser cuando dice:

"Dios está en mis ojos, en mi respiración, en mi rezar"... Dulce arrobo que en seguida se transforma en incomprendible deseo: quiere que al mismo tiempo que canten los ruiseñores, señoree la muerte en la naturaleza. Ve la muerte comprendida en la vida.

FLERIDA DE NOLASCO

("La muerte en la poesía de Fernández Spencer, en *El Caribe*, 4 de diciembre de 1956.)

Para Fernández Spencer, que ha descubierto ya cuáles son los hilos del amor que nos une en la vida y en la muerte, la poesía es una recreación de lo vivido, de lo gozado, de lo sufrido. De ahí su simplicidad resplandeciente, su espontaneidad, su sencillez expresiva, la transfiguración de lo visto y lo soñado al través de la palabra viva, de la palabra poética: de su propia palabra. No se limita, pues, como dice en su poema Bajo los árboles, *a "contar lo que en la vida sucede", ni a "mentir con su sinceridad", sino a dar vida a las palabras. A las palabras que transcriben, desde la altura de un lirismo que no traiciona la verdad, todo lo que el poeta ha aprendido y extraído de su peculiar manera de estar en el mundo. Por eso su poesía —la de* Bajo la luz del día— *es eminentemente comunicativa. Y lo es porque el hombre se reconoce en ella y se siente vivir, con la misma esperanza jubilosa que es asombro en el poeta, dentro del ámbito humano de una realidad hecha poesía.*

Y porque todas las verdades de la vida son ingenuas, cuando el hombre se relaciona con ellas con amor, la poesía de Fernández Spencer es también ingenua. De una ingenuidad que hace sentir el temblor de la verdad en cada palabra y la emoción de su ser en cada verso. Desde la profundidad de su alma vibrante —vibra en lo desnudo de la frase— Fernández Spencer nos hace sentir hondamente el sentido auténtico del humano vivir "bajo la luz del día". Como lo ha sentido él, sin faltar a la verdad; pero elevando lo vivido y lo soñado a las regiones más sublimes de la poesía. De una poesía totalmente lograda que nos sitúa al borde del éxtasis para hacernos comprender que "el tiempo es nada: ¡es la muerte/ ganada junto a la mar!"

MANUEL VALLDEPERES

("Las letras y las artes" en *La Nación*, 5 de septiembre de 1953.)

I N D I C E

Pág.

DEDICATORIA 7

I. LA TIERRA VIVIDA

Así la vida es hoy 13
Los días 15
Le contaré a mi madre 17
A mi madre 19
A una planchadora 21
Bajo los árboles 23
Mi tristeza en la nieve 26
Voy a escribir mis penas 28
La nieve seguirá cayendo 31
Poema que no tiene nombre 33
Poema en donde hay ruiseñores 38
Por penas de Castilla 42
No quiero que mi verso cante 46
Sequía 48
Este vivir cotidiano 50
Sobre la tierra 52
Rima 53
Es triste el mundo 54
Primer canto de dolor al soldado 55

Pág.

II. LOS FRUTOS DEL SILENCIO

Amando bajo la muerte 63
Todas las muertes juntas 65
Oda a los muertos del sur 67
El muerto en el mar 70
La muerte 73
Los muertos 76
Yo te lo digo, corazón 73
Himno a la vida que viene 80
Los muertos son recuerdos 85
La tumba de Pedro 87
Aquella muchacha 88
Muertos de España 90
Elegía 91
El tiempo es nada 93
El llanto 95
La ruta 97
Nieve junto a la vida 99
Otro amanecer 101
Dios y mi corazón 103
ALGUNOS JUICIOS SOBRE EL AUTOR 105

Esta segunda edición de *Bajo la luz del día*, volumen II de la Colección *Arquero*, se acabó de imprimir en los talleres de la Impresora Dominicana, en Ciudad Trujillo, el día 30 de agosto de 1958.

cial, de un momento. Apuntémosla, sin embargo, como muy significativa de la hora y del poeta: "contar lo que en la vida sucede". Esto hace casi exactamente, valiéndose del misterioso prestigio del canto, la poesía de este fundamental poeta. Por eso, hay en su lenguaje la revelación de un mundo nuevo para la poesía nacional; pequeño y grande mundo de intimidades y cotidianidades impregnadas de humanidad patente, de verdadero lirismo y caridad humanas. ¿Y qué es contar —esto es, cantar— lo que en la vida sucede si no la sustantivación del hombre en su mundo más afín y cercano? En el poeta menos rilkeano que conocemos se cumple el precepto del gran poeta alemán que veía a los ángeles cotidianamente: hacer el poema con las vivencias de todos los días.

Hay en los poemas de Fernández Spencer mucha frescura y veracidad de lo humanamente vivido. A lo largo de toda su poesía, firmemente entroncada en la tradición y en la mejor línea de la lírica universal de hoy, existe suficiente maestría para introducir la universalidad de los objetos que nos rodean al mundo mejor y más íntimo del hombre: el del espíritu.

Leamos, pues, con claridad y acierto la misiva trágica y tierna a la vez, que nos trae BAJO LA LUZ DEL DIA, indiscutible avance de la más noble poesía dominicana para incorporarse a la visión original de una poesía hispanoamericana con acentos puramente universales, en la cual la belleza y el dominio del lenguaje ofrecen su perenne enseñanza a los lectores de poesía.

En esta misma colección publicará Fernández Spencer un libro de poesía en el que viene trabajando hace seis años y que irá a la pila bautismal de la imprenta con el título de El hombre y su esperanza.

También publicará una edición, corregida, de su famosa antología Nueva poesía dominicana *y un importante libro de crítica titulado* Ensayos sobre literatura hispánica.

MARCIO VELOZ MAGGIOLO

La obra *Bajo la luz del día* obtuvo en España, en 1952, el premio *Adonais*.

Formaban el jurado: Vicente Aleixandre, presidente; Luis Felipe Vivanco, José Antonio Muñoz Rojas, Florentino Pérez Embid, vocales, y José Luis Cano, secretario.

Dicho premio, en ese año, fue patrocinado por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid.